

**En honor a san José:
Los siete dolores y gozos
de san José.**

garabandal.org.es

(Enero 31, 2019)

por Antonio Yagüe

v_001-rev02

Madrid (España)



Copyright © 2019 Antonio Yagüe. Todo el texto y figuras que aparecen en este documento son propiedad de D. Antonio Yagüe. Se pueden encontrar en la web de D. Antonio Yagüe:

<http://garabandal.org.es/> en donde se indica que se puede compartir el contenido siempre que no se modifique y quede claro el autor del contenido.

Copyright © T_EX 2020 Juan Pacios: Quiere decir que "la maquetación T_EX" la ha hecho Juan Pacios. Sólo eso. Pueden difundir esta santa devoción A.M.D.G. (A la mayor gloria de Dios).

Licencia: CC BY-SA.

Índice de contenidos:

Introducción	pág 04
Primer dolor y gozo de san José	pág 06
Segundo dolor y gozo de san José	pág 10
Tercer dolor y gozo de san José	pág 14
Cuarto dolor y gozo de san José	pág 18
Quinto dolor y gozo de san José	pág 22
Sexto dolor y gozo de san José	pág 27
Séptimo dolor y gozo de san José	pág 32
Consagración personal a san José	pág 38

Introducción:

Esta antigua devoción acompaña a San José en la consideración de los 7 principales dolores y gozos que sucedieron en el desarrollo de su vida, desde su conocimiento del misterio de la Encarnación hasta el episodio de Jesús perdido y hallado en el templo, pasando por el Nacimiento en Belén, la Circuncisión, la Presentación en el Templo, la huida a Egipto y la vuelta a Nazaret. Esta devoción, unida a los 7 domingos anteriores a su fiesta, tiene una larga tradición de tres siglos en la Iglesia. Su ejercicio ha sido promocionado por los Papas Gregorio XVI y Pío IX, con la posibilidad de ganar indulgencia plenaria en cualquiera de estos 7 domingos. Para lucrarla no es necesario usar una fórmula concreta en la meditación, pero se deben cumplir las condiciones acostumbradas de tener desapego total al pecado, confesar en los 7 días anteriores o posteriores, comulgar y rezar por las intenciones del Romano Pontífice.

Existen diversos textos en la red que pueden ayudar a la meditación de los 7 dolores y gozos de San José. El presente texto ha sido escrito aplicando a cada una de estas escenas evangélicas la figura bíblica de las principales promesas escatológicas de nuestra fe, tan olvidadas hoy y por otra parte tan necesarias para dar paz y esperanza al hombre en los convulsos tiempos actuales. San José, al que Dios puso como custodio terrenal de Jesús y María, cuidará ahora de su Cuerpo Místico para que alcance purificado y sin daño la nueva época del Reino Eucarístico prometido, en la nueva Tierra que esperamos (Isa 65,17; 2 Pe 1,13).

La estructura para considerar cada dolor y gozo tiene tres partes. Comienza con la lectura del texto evangélico y una consideración sobre aquellos sucesos. La segunda parte explica una figura bíblica escatológica a la que alude el dolor y gozo considerado. Por último, en la tercera parte, se ilustra alguno de los títulos con que la Iglesia honra a San José, para hacernos más conscientes de su grandeza e importancia de su patrocinio en nuestra vida.

Una vez finalizados los 7 domingos, el siguiente 19 de marzo se aconseja realizar como colofón de las meditaciones una Consagración personal al Corazón de San José, pidiendo su protección en nuestra vida, de modo semejante a las Consagraciones que la Iglesia propone al Inmaculado Corazón de María o al Sagrado Corazón de Jesús, ya que los tres corazones siempre laten al unísono. Para ello, se puede utilizar cualquier texto existente o el que en su momento se adjuntará al hilo de estas consideraciones.

Los textos de las Consideraciones de los dolores y gozos así como la Consagración a San José que aquí se envían, aunque tienen derechos de Autor,

pueden difundirse libremente sin modificaciones. Cualquier iniciativa que aumente la gloria de San José sin duda redundará en nuevas gracias para sus promotores.

Antonio Yagüe,

Madrid, 31 de enero del 2019.

Fiesta de San Juan Bosco.

1. Consideración del primer dolor y gozo de San José

Descripción del Evangelio:

- **Primer dolor:** Estando desposada su madre María con José, antes de vivir juntos se halló que había concebido en su seno por obra del Espíritu Santo (Mt 1,18).
- **Primer gozo:** El ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: José, hijo de David, no temas recibir a María, tu esposa, pues lo concebido en ella es del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús (Mt 1, 20-21).

Consideración:

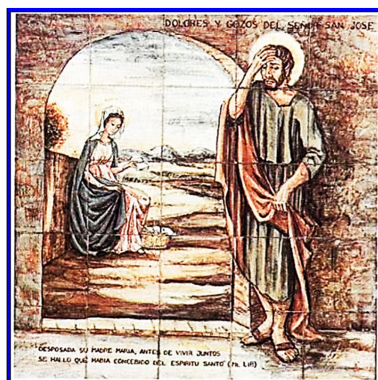


Figura 1:
Primer Dolor

La profecía de Isaías (7,14) he aquí que una virgen está encinta y va a dar a luz un hijo y le pondrá por nombre Jesús ya indicaba siglos antes del nacimiento de Jesús que el plan de Dios para la Encarnación de su Hijo iba más allá de lo que los hombres podrían imaginar. Diversos místicos describen las circunstancias imprevistas de los esponsales de José y María, en las que ambos pusieron su voluntad humana en las manos del Querier de Dios. Poco después encontraron la respuesta de Dios al comprobar inesperadamente que cada uno había realizado una promesa semejante de mantenerse virgen por amor a Dios.

Así ambos aceptaron libremente ser esposos virginales y comenzar su nueva vida juntos.

Pero Dios reserva una nueva sorpresa sobre aquella primera entrega virginal. Poco después, ante el anuncio del Ángel, María objeta aquella promesa de virginidad esponsal y sólo cuando entiende que ser Madre no romperá la promesa, acepta los planes divinos. Un tiempo después la evidencia del desarrollo del Niño en su seno llena de dolor a José. Finalmente, en su angustia toma la decisión más favorable a María, porque la ama con

locura: desaparecer en secreto. Sólo entonces Dios descubre Su misterio y José consiente libremente en dar su legitimidad, que es regia, a aquel fruto concebido virginalmente. Los místicos narran las lágrimas abundantes de los dos esposos en las que se unen sentimientos de perdón, alegría y agradecimiento a Dios que eligió su familia virginal para llevar a cabo los planes de Salvación a todos los hombres. Todas las esperanzas anunciadas durante siglos se habían realizado sin ruido, en la intimidad de la vida de un joven matrimonio. El “hágase” de cada esposo, otorgado por separado y libremente, iba a devolver al mundo la inocencia de la creación inicial.

Dios no quería venir al mundo como hijo de una madre soltera sino en el seno de una familia reflejo de la familia Trinitaria. El designio inicial los creó hombre y mujer pero la desobediencia del matrimonio inicial ante el engaño del envidioso (Sab. 2,24), rompió el diseño divino original. La muerte se enseñoreó desde entonces de la Creación y los hombres fueron paridos con dolor. El parto es la mayor causa de mortalidad femenina en la historia y solo la especie humana tiene problemas para dar a luz a su descendencia. Por primera vez en la historia, el matrimonio virginal de José y María recupera la fecundidad y su hijo será el primer hombre en nacer conforme al diseño original del Creador. Misterio grandioso de Dios que se produce en lo oculto, sin conocimiento para el mundo, en la intimidad de la casa de José. La semilla para recuperar el diseño original creador del hombre estaba echada, gracias a la trinidad de la Tierra, y es cuestión de tiempo que produzca su fruto, en aquellos que le recibieron (Jn 1, 12).

Figura escatológica:



Figura 2:
Primer Gozo

La consecuencia principal de aquella desobediencia de nuestros primeros padres fue polvo eres y al polvo volverás (Gen 3,19) porque el salario del pecado es la muerte (Rom. 6,23). Pero gracias a la obediencia de José y María nació en la historia el Cordeiro de Dios que quita el pecado del mundo (Jn. 1,29). Y entonces habiendo venido por un hombre la muerte, también por un hombre viene la resurrección (1 Cor 15, 21). Y por tanto algún día eliminará para siempre la muerte. (Y) el Señor Dios enjugará las lágrimas de todos los rostros (Isa 25,8), el tiempo de los muertos será juzgado (Ap. 11,18) y la muerte en adelante no existirá (Ap. 21,1). Lo que en la historia ocurrió y

se redimió, es lógico pensar que en la historia se regenerará y disfrutará y no sólo fuera de ella en el Paraíso Celestial.

Cuando veáis ocurrir estas cosas, -las propias de una gran tribulación como jamás ha sucedido desde el principio del mundo, ni la volverá a haber (Mt 24,21)- levantaos, alzad la cabeza, se acerca vuestra liberación (Lc 21,28). Será al final de ese tiempo la cancelación de la servidumbre de la corrupción (Rom. 8,21) porque ahora gemimos en nuestro interior aguardando la adopción de hijos, la redención de nuestro cuerpo (Rom 8,23), ya que el cuerpo corruptible agobia el alma y esta tienda de tierra abrumba el espíritu lleno de preocupaciones (Sab. 9,15). Por ello, mientras moramos en esta tienda, gemimos oprimidos, (...) para que nuestra mortalidad sea absorbida por la vida (2 Cor 5,4) y sucederá que al finalizar esa gran tribulación en un instante, en un pestañear de ojos, al toque de la trompeta final (1 Cor 15,52), del mismo modo que hemos llevado la imagen del hombre terreno, llevaremos también la imagen del celeste (1 Cor. 15, 49)

¡Mirad! Os revelo un misterio: No todos moriremos, mas todos seremos transformados (1 Cor 15,51). A San Pablo le correspondió la dicha de revelarnos este misterio: no moriremos todos. Y para describir cómo sucederá utiliza el término seremos transformados, muy distinto de decir seremos resucitados. No es una equivocación. Resucitar es volver a la vida una vez que se ha muerto. Transformar es cambiar la condición corruptible del cuerpo sin pasar por la muerte. Ambos procesos tienen en común la situación final incorruptible, inmortal y gloriosa del cuerpo, pero varían en el punto de partida: uno comienza desde la situación de muerte y otro desde la vida aún mortal. Así pues, el día de la trompeta final de la gran tribulación, gracias a la Redención de Jesucristo, se acabará la muerte en la historia pues aún no se ha manifestado lo que seremos (1 Jn. 3,2) y es necesario que este ser corruptible se revista de incorruptibilidad y que este ser mortal se revista de inmortalidad (1 Cor 15,53).

Otra historia comenzará entonces en la que el Señor Jesucristo, transformará este miserable cuerpo nuestro en un cuerpo glorioso como el suyo, en virtud del poder que tiene de someter a sí todas las cosas (Fil 3,20-21). Recuperaremos entonces el diseño original del hombre en el Paraíso, cuyo modelo es Cristo resucitado. El Catecismo, a partir del testimonio de Jesús resucitado en el Evangelio, enseña que los cuerpos gloriosos inmortales, los que tendrán los hombres tras ser transformados, tienen cuatro dotes: claridad, impasibilidad, agilidad y sutilidad. No es ahora el momento de considerarlas más que desde el punto de vista del gozo y dolor de San José en la Encarnación del Hijo de Dios. Como hemos visto, esta ocurrió en

el seno de un matrimonio virginal, y virginal también fue el nacimiento de Jesús según el diseño original de Dios para el hombre. Restaurado el hombre, también el matrimonio volverá al diseño original. Podemos pensar que este fue diseñado no para estos cuerpos mortales sino para cuerpos que tendrían esas 4 propiedades. Adán antes de pecar dijo con su Ciencia divina: Por eso abandonará el varón a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne (Gen 2,24). Nada impide pensar que en la nueva etapa de la historia, la dote corporal de la sutilidad, que permitió a Jesucristo resucitado atravesar paredes, permitirá también que el amor matrimonial sea virginal y fecundo según el modelo de la Sagrada Familia, la casa de José.

Títulos que honran a San José: Padre virginal de Jesús.

Una vez considerada la importancia del “Hágase” libre y virginal de San José a la Voluntad divina, suenan pobres adjetivos a su paternidad que, con la mejor voluntad, se hacen en devocionarios, letanías, estudios y comentarios. Ejemplos de estos títulos menos apropiados son padre putativo, padre legal, padre mesiánico, padre nutricio, etc., porque no inciden en la importancia de su asentimiento libre para formar la familia necesaria en la que debía nacer el Hijo de Dios, según su plan redentor. A semejanza del título que la Iglesia otorga a María honrándola como Madre Virginal del Verbo o Madre Virginal de Jesús, también San José parece que el título más apropiado unido a su paternidad debería ser el de Padre Virginal de Jesús.

La necesidad del asentimiento libre al Plan redentor nos lleva a considerar otra grandeza de San José, como persona perteneciente al orden hipostático, es decir al orden que posibilita la unión de Dios con la Creación. Jesús une en su persona divina dos naturalezas: la creada humana y la increada divina. Esa unión se denomina con el término griego hipóstasis. Secundariamente María y José por la necesidad de su asentimiento para la Encarnación de Jesús, también pertenecen, en grado diverso, a ese nivel superior de unión entre Dios y la creatura. Por ello San José, tras de su Esposa verdadera María, es el mayor santo en el cielo y su capacidad de interceder por nosotros ante Dios es ilimitada. Acudamos a su protección con renovado empeño diciéndole:

San José, Padre Virginal de Jesús, ruega por nosotros.

Padre nuestro, Avemaria y Gloria.

del lugar y el dolor que produjo la dureza de otros corazones ciegos. En esos humildes pastores queremos vernos reflejados para agradecer a José y María su entrega a los planes de Dios y dar a Jesús un primer beso ardiente y emocionado.

María y José guardaban en su corazón el secreto sobre quien era aquel Niño. Con ellos tan solo unos pocos pastores, cuatro ancianos y tres sabios astrónomos de lejanas tierras supieron que Dios se había encarnado y ya estaba en la Tierra. Las promesas divinas iniciadas en el Paraíso terrenal, lo que Israel esperaba durante siglos, comenzaba a cumplirse en oculto a los ojos del mundo, ocupado en cosas aparentemente más importantes. La grandeza de Dios, hoy como entonces, gusta ocultarse tras lo pequeño y humilde de nuestras vidas ordinarias.

Dios había previsto que la casa de José se trasladara para el nacimiento de Jesús a Belén, nombre que significa “casa del pan”. Años después Jesús instituye la Eucaristía, el milagro por el que su humanidad y divinidad se transubstancian en las especies sacramentales de pan y vino, para ser alimento de nuestras almas y compañía en nuestra vida. José, cuyo nombre aparece por primera vez en la Sagrada Escritura como guardián de los graneros de Egipto en tiempos de hambre, fue el custodio de Jesús en Belén y lo es hoy de los Sagrarios, patrono y ejemplo para los sacerdotes en el cuidado material a Jesús.

Figura escatológica:



Figura 4:
Segundo Gozo

Como en los tiempos de José, tampoco el mundo espera hoy la nueva Venida de Jesús. Si cabe, el hombre está hoy aún más ajeno a Dios que entonces. La apostasía se ha instalado en nuestra sociedad como muestra de modernidad. Tampoco la Iglesia estudia y difunde esta verdad Dogma, como si nunca fuera a suceder esta parte del depósito revelado. Y esto a pesar de que ya han ocurrido señales escatológicas evidentes como la vuelta de los judíos a su tierra (Lc 21,24) o la apostasía generalizada (2 Tes 2,3).

La profecía no es hoy para el hombre lámpara que luce en el lugar oscuro (2 Pe 1,19). Sin ellas no hay rumbo que le oriente en el momento histórico. Las peticiones del Sagrado Corazón de Jesús o de la Virgen en importantes Apariciones han caído en el vacío y son obstaculizadas con el silencio dentro de

la propia Iglesia. Desde el punto de vista escatológico los católicos están como ovejas sin pastor. Mientras, los “errores de Rusia” siguen provocando devastación (Fátima, 1917) y la “verdadera paz” prometida aún no llega al mundo (Amsterdam, 1953). Se cumple la profecía de San Pedro: En los últimos días aparecerán individuos entregados a sus malas pasiones que se burlarán de la verdad del Evangelio. Y dirán: ¿dónde está la promesa de su Advenimiento? (2 Pe 3, 3-4). Y también resuena la pregunta de Jesús: Cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe sobre la Tierra? (Lc 18,8).

Hoy, como en los tiempos de José, los planes profetizados por Dios se cumplirán, aunque el mundo no lo quiera escuchar. Hoy como entonces, los corazones sencillos son los que entienden que el testimonio de Jesús es el espíritu de profecía (Ap. 9,10) El racionalismo y el simbolismo apagan la esperanza del sentido literal bíblico que enseña habrá una Tierra nueva en la que habite la justicia (2 Pe 3,13) sin llanto, ni muerte, ni dolor, porque todo lo anterior ya pasó (Ap. 21,4). Y a ella no entrarán los incrédulos, ni los cobardes,... que tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda (Ap 21,8).

Ahora, como en tiempos de José, ocurrirá un suceso inesperado. El mundo comprenderá que ha entrado en un fin de los tiempos profetizado, que no es el fin de la historia sino el momento de juzgar el tiempo de los muertos (Ap. 11,18). A diferencia de la primera Venida, nuestro Señor no llegará ahora en oculto sino con gran poder y gloria (Mt 24,30). Para prepararnos, todos los hombres de la tierra veremos al que está sentado en el Trono y la ira del Cordero (Ap. 6, 15-16) Y su misericordia nos hará presenciar poco después el mayor Milagro desde la Resurrección, que viene para convertir al mundo (Garabandal, 1965).

Tomad, comed, esto es mi Cuerpo (Mt 26,26): Jesús, que nació en la Casa del Pan, es el Pan vivo que da la vida al mundo (Jn 6,51). Pero Jesús quiere estar en nosotros más que los pocos minutos en que las especies eucarísticas permanecen sin corromperse en nuestro cuerpo. Nuestro Señor que nació para redimirnos, se hizo Eucaristía para transformarnos en Él mismo. El momento de nuestra transformación corporal llegará cuando suene la última trompeta de estos tiempos y entonces en un instante, en un abrir y cerrar de ojos (...) seremos transformados (1 Cor 15, 52).

San Pablo enseña que bajo estas estas especies sacramentales del pan y el vino anunciáis la muerte del Señor hasta que venga (1 Cor 11,26). Cuando vuelva Jesús, nuestra transformación corporal permitirá un albergue mejor y más digno para que la presencia Eucarística de Jesús sea continua y así

seamos no sólo almas de Eucaristía sino Eucaristías vivientes, cuerpos-sacramento, en el Reino Eucarístico. Pidamos a San José que nos ayude a llegar hasta ese cercano momento histórico iluminando los ojos de nuestro corazón para que conozcamos cual es la esperanza a la que hemos sido llamados por Él, cual la riqueza de gloria otorgada por Él en herencia a los santos y cual la soberana grandeza de su poder para con nosotros, los creyentes (Efe 1, 18-19).

Y el que estaba sentado en el Trono, dijo: Mira, hago nuevas todas las cosas (Ap. 21,4).

Títulos que honran a San José: Icono de Dios Padre y Patrono de las Familias.

San José, como padre virginal de Jesús, le cuidó con todo el amor de su corazón. Dios Padre quiso que San José fuera en la tierra su imagen cercana para el desarrollo de la humanidad de su Hijo. Su carácter personal, la educación de un oficio y parte de la formación de su espíritu fue forjado en Jesús por San José. Sus modos de hacer, sus formas de hablar, sus costumbres, su experiencia y oficio de artesano se imprimieron en la humanidad de Jesús y forjaron su personalidad como Hijo del hombre. Por ello la Iglesia le honra con el título de “Icono del Padre y Patrono de las familias”.

El diablo ha conseguido oscurecer en nuestro tiempo la importancia de la función paterna en la familia, imagen del Padre en la Trinidad del Cielo, hasta límites nunca imaginados. El mundo laboral con frecuencia impide la dedicación de los padres a la educación de sus hijos. La universalización de la Ley del divorcio ha hecho proliferar las “familias” con varios padres y reconfigurado en la práctica la necesidad de la familia estable. Nunca como ahora se han visto tantos hijos sin padre conocido, al extremo de existir bancos para engendrar a la carta de modo anónimo o mediante vientres de alquiler. La abundancia de madres solteras son muestra del ambiente de promiscuidad actual. En muchos países se ha hecho legal la adopción de hijos por parejas del mismo sexo. Finalmente, los principales damnificados de todo ello son los hijos que, sin tener ninguna culpa, nunca experimentarán en sí mismos el amor de un padre y con ello difícilmente entenderán la figura de Dios providente y Padre de todos.

Yo os enviaré al profeta Elías antes de que llegue el día de Yahveh grande y terrible. El reconciliará el corazón de los padres con los hijos y el corazón de los hijos con los padres, para que no venga Yo a golpear la Tierra con el exterminio (Mal 3, 23). Pidamos a San José que Dios mande pronto el remedio profetizado invocándole como:

San José, icono del Padre y Patrono de las familias, ruega por nosotros.

Padre nuestro, Avemaria y Gloria.

3. Consideración del tercer dolor y gozo de San José.

Descripción del Evangelio:

- **Tercer dolor:** Cuando se cumplieron los ocho días para circuncindarle, le pusieron por nombre Jesús, como lo había llamado el ángel antes de que fuera concebido en el seno materno (Lc 2,21).
- **Tercer gozo:** Dará a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados (Mt 1, 21).

Consideración:



Figura 5:
Tercer Dolor

El entorno temporal en que se produjeron los hechos importantes de la vida de nuestro Señor estuvo siempre ligado al calendario que Dios mismo otorgó a su pueblo porque la Ley es sombra de bienes futuros (Heb 10,1). Así su muerte, para obtener nuestra liberación del pecado, ocurrió en Pascua y su Resurrección, anticipo de la nuestra, sucedió en el primer de la ofrenda de primicias (Lev 23, 15-16). El día del Nacimiento de Jesús también siguió este principio.

San Lucas precisa que Zacarías padre de Juan Bautista, pertenecía al turno de Abías (Lc 1,5) para servir en el templo. El Rey David estableció 24 turnos de servicio al templo para las distintas familias sacerdotales a lo largo del año y su orden se describe en el primer libro de las Crónicas (24, 7-18). Comenzaban con el año sagrado hacia Marzo,

y servían una semana completa dos veces al año, adicionalmente a las 3 semanas de la grandes fiestas de Pascua, Pentecostés y Tabernáculos de mayor afluencia. El turno de Abías es el octavo y coincide con la semana anterior a Pentecostés. En el año 3 antes de Cristo, ocurrió entre el 12 y 19 de mayo y quizás Zacarías siguió la siguiente semana en el Templo por ser Pentecostés. Por tanto, la concepción de Juan sucedió hacia final de Mayo o principio de Junio, la de Jesús seis meses más tarde (Lc 1,36) a primeros de diciembre, y su nacimiento hacia primeros de septiembre, es decir en el mes hebreo de Tishri en el que Dios estableció 3 de las 6 fiestas del calendario mosaico. Esta época del año es la más tardía en que los pastores en Israel guardaban los rebaños al raso por la noche, debido al excesivo frío después.

Jesús es mediador entre Dios y los hombres, el Sacerdote por antonomasia. El libro de los Números (4, 3-47) especifica hasta 8 veces que para realizar este servicio divino se debe tener entre 30 y 50 años. Por eso, tenía Jesús (...) unos 30 años (Lc 3,23) cuando comenzó su vida pública con el Bautismo en el Jordán. Puesto que Jesús murió en Pascua y la vida pública duró unos tres años y medio, el Bautismo ocurrió en el mismo mes que nació. Al entrar en el mundo dijo "(...) holocaustos y sacrificios por el pecado no te han agradado. (...) Aquí vengo para hacer tu Voluntad" (Heb 10, 5-7). Todos los días se ofrecían holocaustos y sacrificios en el templo, pero la fiesta más significativa del año en este aspecto era la Expiación en el día 10 del mes de Tishri. Probablemente ese fue el día del Nacimiento de Jesús.

Entre los días 15 y 22 de Tishri se desarrollaba todos los años la última de la seis fiestas divinas, la fiesta de Tabernáculos. Cuando se cumplieron los 8 días para circuncidarle, le pusieron por nombre Jesús (Lc 2,21). El rito de la Circuncisión en nuestro Señor fue entonces el 18 de Tishri, en el cuarto día de la gran fiesta de Tabernáculos. Una vez más, el momento en que San José cumple el mandato del ángel por el que es formalmente padre virginal y Jesús recibe la herencia de las promesas mesiánicas hechas a la estirpe de David, Dios lo enmarca bajo un simbolismo de bien futuro, como ocurre con los principales hechos redentores.

El nombre de Jesús significa Salvador: salvará al pueblo de sus pecados (Mt 1,21). El hecho de que recibiera el nombre y derramara su primera sangre durante la fiesta de Tabernáculos, añade a ese nombre de Salvador el doble significado de agradecimiento a Dios de la fiesta de Tabernáculos: por las cosechas recién recogidas y por entrar en la Tierra Prometida tras 40 años de peregrinar por el desierto. Así, esa salvación de los pecados que indica el nombre de Jesús, Dios la une a vivir en una Tierra prometida

de abundantes frutos. Junto al dolor que José experimentó al oír en aquel momento el llanto de Jesús, sin duda también le inundó la alegría de considerar el bien futuro que anunciaba aquel día.

El nombre de Jesús es uno de los activos más importantes que tenemos los cristianos, el nombre que está sobre todo nombre y ante el que toda rodilla se dobla en los cielos, en la tierra, en los abismos y toda lengua confiesa “Jesucristo es Señor” para gloria de Dios Padre (Fil 2, 9-11). Bendito sea el nombre de Jesús cantan las alabanzas Eucarísticas y la Iglesia dedica a la veneración de su nombre una fiesta en la liturgia, desde el siglo XV, que se celebra el día 3 de enero. En el nombre de Jesús se realizan oraciones de liberación y exorcismos siguiendo su mandato. En mi nombre expulsarán demonios, hablarán lenguas nuevas, agarrarán serpientes con las manos, y, si bebieran algún veneno no les dañara; impondrán las manos sobre los enfermos y quedarán curados (Mc 16, 17-18). Y así Pedro ante un cojo de nacimiento, que pedía limosna en la puerta del templo, le dijo: No tengo oro ni plata, te doy lo que tengo: ¡en el nombre de Jesucristo Nazareno, levántate y anda! (Hch 3, 6). La práctica cristiana experimenta el beneficio de tan solo nombrarlo para ahuyentar tentaciones y malos pensamientos. Y, por último, Él mismo nos aseguró que si pedís al Padre algo en mi nombre, os lo dará (Jn 16,23).

Figura escatológica:



Figura 6:
Tercer Gozo

Isaías, uno de los grandes profetas de Israel, había dicho 700 años antes: Mirad, la virgen está encinta y dará a luz un hijo, a quien pondrá por nombre Enmanuel (Isa 7,14). José conocía bien la verdad de la primera parte de este vaticinio. Sin embargo el nombre anunciado no coincidía con el que el Ángel le había mandado poner tanto a él como a María por separado. ¿Qué razón podía haber tras este desencaje?

Hoy sabemos que Jesús tiene que venir otra vez más. Galileos, ¿qué hacéis ahí mirando al cielo? El mismo Jesús que ha sido llevado al cielo, volverá como lo habéis visto marcharse (Hch 1,11). La segunda vez aparecerá sin ninguna relación al pecado para salvar a los que lo esperan (Heb 9, 28). Por tanto, así como en su primera Venida el nombre de Jesús indicó su misión de salvarnos del pecado, su nueva Venida será bajo un nombre significativo para aquellos que lo es-

peran, en un momento en que no habrá mucha fe en la Tierra (Lc 18,8). Enmanuel, Dios con nosotros (Mt 1, 23), explica su nueva función, ya no relacionada con el pecado, que comenzará con la apertura de una nueva Tierra en la que habite la justicia (2 Pe 3,13) porque el primer cielo y la primera tierra desaparecieron (Ap 21, 1).

Su nueva Venida hará eclosionar el Reino de Dios en esa nueva Tierra como Reino Eucarístico. Su presencia entre nosotros será entonces eucarística, es decir real e invisible. Aquel Reino que pedimos en el Padrenuestro (Mt 6,9) y comienza en el interior de los corazones (Lc 17,21) como la más pequeña de las semillas, se habrá hecho árbol y trascenderá socialmente hasta el punto de que las aves del cielo vienen y anidan en sus ramas (Mt 13,31). ¡Bendito el Rey que viene en nombre del Señor! Paz en el cielo y gloria en las alturas (Lc 19, 38). San José, como el antiguo patriarca Señor de todo Egipto (Gen 45,9), será quien administre la nueva cosecha espiritual. El faraón dijo a todos los egipcios: "Id a José, y haced lo que él os diga" (Gén 41,55). Las mismas palabras de la Virgen en Caná de Galilea: dijo su madre a los sirvientes: Haced lo que Él os diga (Jn 2,5).

Títulos que honran a San José: Sacerdote patriarcal y Custodio de Jesús.

En la historia tres ritos han ejercido la mediación entre Dios y el hombre propia de la función Sacerdotal de Jesucristo, sumo y eterno sacerdote. El más antiguo es el sacerdocio patriarcal, ejercitado en el seno de la familia, del que formaron parte entre otros Adán, Abel o Noé que construyó un altar al Señor y, escogiendo de entre todos los ganados puros y de todas las aves puras, ofreció holocaustos sobre el altar (Gén 8,20). Posteriormente surgieron el sacerdocio Levítico y el sacerdocio de Melquisedec (Heb 7, 11) al que pertenece Jesucristo.

La misión de José como padre de Jesús resulta aportación necesaria para configurar la mediación sacerdotal de Jesús, puesto que Dios quiso nacer en la familia de José. Durante su vida, no solo ofreció sacrificios espirituales (1 Pe 2,5) a través del desempeño de sus deberes ordinarios de estado, como custodio y maestro del Redentor, sino que además, como enseñan diversos místicos (Mística Ciudad de Dios n.495; M. Valtorta 6-jun-1944), al nacer Jesús, en unión con María ofrecieron juntos a Jesús al Padre, en nombre de toda la humanidad, de modo semejante a cómo el sacerdote hoy presenta la Víctima Eucarística en la Misa. Por todo ello, podemos invocar a San José como:

San José, Sacerdote patriarcal y Custodio de Jesús, ruega por nosotros.

Padre nuestro, Avemaria y Gloria.

4. Consideración del cuarto dolor y gozo de San José

Descripción del Evangelio:

- **Cuarto dolor:** Simeón los bendijo, y dijo a María, su madre: Mira, éste ha sido puesto como signo de contradicción para que se descubran los pensamientos de muchos corazones (Lc 2, 34-35).
- **Cuarto gozo:** Porque han visto mis ojos tu salvación, la que preparaste ante todos los pueblos; luz para iluminar a las naciones (Lc 2, 30-31).

Consideración:



Figura 7:
Cuarto Dolor

Sólo han pasado cuarenta días desde el Nacimiento de Jesús en la gruta de Belén. José, como cabeza de familia camina marcando el paso al burro que lleva las dos criaturas más divinas de la historia. Conforme se acerca a Jerusalén considera que trae al Dios encarnado por primera vez a la casa de su Padre Dios, centro de toda la actividad religiosa en Israel. Todo el eco de las profecías sobre el Salvador y los deseos de tantos justos que ansiaron verlo, resuenan en su corazón que probablemente va diciendo a Dios: “Soy indigno de traerlo, pero gracias infinitas, Padre, por tu elección sobre mí para hacerlo”. María y

Jesús desde la modesta cabalgadura, con sus tres corazones siempre unidos, expectantes por el momento, agradecen también a Dios la suavidad con que José conduce al jumento. Nadie más percibe la grandeza que se oculta tras aquella joven familia.

Una vez en el templo, un sacerdote cumple con los ritos prescritos sin percibir tampoco nada especial tras la humilde apariencia de aquella

familia. Sin embargo, después de cumplir con la Ley, el Espíritu Santo llama a dos fieles normales, ancianos en días y con larga vida de oración, para revelarles lo que María y José ya saben. Las palabras proféticas de Simeón alegran y rasgan a la vez el corazón de los dos esposos. Salvador (...), Luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel (Lc. 2, 30 y 32), pero también puesto por Dios como signo de contradicción. Y a ti misma una espada te traspasará el alma (Lc. 2, 34). Lo que a María duele, a José también le apena, porque su corazón está unido por el amor de verdaderos esposos.

La espada de dolor traspasa a María desde entonces, consciente del precio de la Redención. ¡Oh vosotros que pasáis por el camino, mirad y ved si hay dolor como mi dolor! (Lam 1,12). Como San Pablo enseña: completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia (Col 1,24). Y no sólo por su presencia Corredentora en el Calvario junto a la Cruz de Jesús (Jn 19, 25), sino por su solicitud maternal para cada uno de nosotros y su presencia mística en cada Misa, que actualizan sus padecimientos corredentores, con los que da a luz una nueva Humanidad con dolor (Ap 12,2). El arte la presenta traspasada de modo conmovedor su Corazón Inmaculado como Dolorosa. Así se nos muestra con frecuencia en Cuaresma y Semana Santa. Pero también en el siglo pasado Ella quiso realizar cuatro apariciones marianas en España bajo esta advocación: El Pincho (Granada), Ezquioga (Guipúzcoa), La Codosera (Badajoz) y El Escorial (Madrid). Pidamos a nuestra Madre saberla acompañar en su dolor hasta que culmine la Redención en un próximo futuro cuando Nuestro Señor enjague toda lágrima de sus ojos y no habrá ya muerte, ni llanto, ni lamento, ni dolor porque todo lo anterior ya pasó (Ap 21, 4).

José custodia en su familia, en su casa la Luz. Dios es luz (1 Jn 1,5) increada y Jesús es la luz del mundo, luz para alumbrar a las Naciones (Lc 2,30). El que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida (Jn 8, 12). Los cristianos debemos ser la luz del mundo que no se puede ocultar, ni meter debajo de un celemín, sino ponerla en el candelero y que alumbre a todos los de la casa. Brille así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos (Mt 5,14-15). Pidamos a José poder llevar la luz que el cuidó a nuestra casa y ante todos los hombres. En ella estaba la Vida y la vida era la Luz de los hombres (Jn 1,4).

Figura escatológica:



Figura 8:
Cuarto Gozo

El Espíritu Santo se manifiesta habitualmente a través de almas humildes, abiertas a Dios porque Dios resiste a los soberbios y a los humildes da la gracia (1 Pe 5,5). En este tiempo de cambio de época en el que el sol se convertirá en tinieblas y la luna en sangre, ante la venida del día de Yahveh grande y terrible (Joe 3,4), la Sagrada Escritura afirma que Yo derramaré mi Espíritu en toda carne. Vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, vuestros ancianos verán en sueños y vuestros jóvenes tendrán visiones. También sobre mis siervos y mis siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días (Joe 3, 1-2). Y así, Dios escogió a los videntes de muchas apariciones marianas entre los niños, como en la Salette, Lourdes, Fátima, Garabandal o Medjugorje.

Sin embargo hoy los profetas no tienen buena prensa. El mundo prefiere creer a los analistas políticos o económicos, mientras desconoce o califica de simbólica la profecía sagrada. Cree más los vaticinios y postulados de la ciencia oficialista que la Revelación del Creador. Prefiere pensar que somos fruto del azar y no un diseño amoroso de Dios Padre. Como el apóstol Santo Tomás, la mayoría necesita ver en sus manos la señal de los clavos (Jn 20,25) para creer. Y si la luz que hay en ti es tinieblas, ¡qué grande será la oscuridad! (Mt 6,23).

Y también el mundo prefiere obedecer leyes inicuas dictadas por hombres antes que la Ley divina. Los pueblos mascullan planes vanos y (...) los caudillos conspiran aliados contra Yahveh y contra su Ungido (Sal 2,1-2). Pero todos esos despropósitos no impiden que también hoy la Sabiduría, entrando en las almas santas forme en ellas amigos de Dios y profetas (Sab 7, 27). Y que nada hace el Señor Yahveh sin revelar su secreto a sus siervos los profetas (Amo 3,7).

Como en el tiempo de San José, también ahora los que esperan la nueva Venida, son personas humildes de profunda vida de oración, tantas veces jóvenes o ancianos a los que ilumina el Espíritu Santo. Como entonces, los sacerdotes no suelen ser sensibles ni apreciar esta realidad, ocupados en un culto que absorbe su rutina diaria. Mientras tanto, perece mi pueblo por falta de conocimiento. Y ya que tú rechazaste el conocimiento, Yo te rechazo de mi sacerdocio (Ose 4,6). Si no me oís para andar según

mi Ley (...), oyendo las palabras de mis siervos los profetas que yo os envío asiduamente (...) entonces haré con esta Casa como con Silo, y esta ciudad entregaré a la maldición de todas las gentes de la tierra (Jer 26,4-6). Hoy también hace falta reconocer como el profeta Daniel que no hemos escuchado a tus siervos los profetas que en tu nombre hablaban a nuestros reyes, a nuestros príncipes, a nuestros padres, a todo el pueblo de la tierra (Dan 9,6).

El testimonio de Jesús es el espíritu de profecía (Ap 19,10) y por las profecías Jesús sigue siendo en nuestros días signo de contradicción para que se descubran los pensamientos de muchos corazones (Lc 2,35) y lámpara que luce en lugar oscuro (2 Pe 2, 3). Pronto llega el tiempo (...) de dar la recompensa a tus siervos los profetas (Ap 11,18). Llega el tiempo en que vendrá de Sión el libertador (Rom 11,26) y Jesucristo será la Luz de las Naciones (Lc 2, 31). Llegará a nosotros su Reino (Mt 6,10) Eucarístico y todos los reyes se postrarán ante él y le servirán todas las naciones (Sal 72,11). Tu trono estará firme, eternamente (2 Sam 7,16). Te voy a poner por luz de las gentes, para que mi salvación alcance hasta los confines de la tierra (Isa 49,6). Toda la grandeza de las palabras del anciano Simeón en el templo hace dos mil años aún no ha hecho más que empezar a cumplirse. Y su padre y su madre estaban admirados por las cosas que se decían de él (Lc 2,33).

Títulos que honran a San José: Protector de la Santa Iglesia.

Hoy vemos a la Iglesia en momentos que parecen seguir las huellas del Esposo en su Pasión. Su rostro también está desfigurado por los ataques de los hombres de fuera y dentro y oculta su santidad al mundo. No hay hermosura que atraiga nuestra mirada, ni belleza que nos agrade en él. Despreciado y rechazado de los hombres, varón de dolores y experimentado en el sufrimiento; como de quien se oculta el rostro. Maltratado, se dejó humillar, y no abrió su boca; como cordero llevado al matadero, y, como oveja muda ante sus esquiladores, no abrió su boca (Isa 53, 2-3 y 7).

Y continúa el profeta Isaías con palabras que hoy recuerdan a nuestra Santa Iglesia. Nosotros lo tuvimos por castigado, herido de Dios y humillado. Fue traspasado por nuestras iniquidades, molido por nuestros pecados. El castigo, precio de nuestra paz, cayó sobre él, y por sus llagas hemos sido curados (Isa 53, 4-5).

La casa de José fue el lugar en que se gestó la Iglesia y por ello San José ha sido nombrado Patrón de la Santa Iglesia por el Papa Pio IX en 1870. Su poder de intercesión es muy grande ante Dios porque pertenece al orden hipostático, al orden de las personas que permitieron la unión

de Dios con el hombre mediante la Encarnación. Pidámosle con asiduidad que termine pronto este tiempo de dura prueba para la Iglesia y el Papa, invocándole como:

San José, Patrono de la Santa Iglesia, ruega por nosotros.

Padre nuestro, Avemaria y Gloria.

5. Consideración del quinto dolor y gozo de San José

Descripción del Evangelio:

- **Quinto dolor:** El ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: Levántate, toma al niño y a su madre, y huye a Egipto, y estate allí hasta que yo te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo (Mt 2,13).
- **Quinto gozo:** Y estuvo allí hasta la muerte de Herodes, para que se cumpliera lo que dice el Señor por el profeta: "De Egipto llamé a mi hijo"(Mt 2,15).

Consideración:



Figura 9:
Quinto Dolor

lo mostraba durante varios días desde Jerusalén inmóvil, poco antes del

La Beata Ana Catalina Emmerick cuenta en sus visiones que los Reyes Magos tras un viaje de 33 días adoraron al Niño un 25 de diciembre, en el día y mes que hoy celebramos los cristianos su Nacimiento. Esto es congruente con las cuentas del momento de la Encarnación que da San Lucas y que ya consideramos en el tercer dolor y gozo. Asimismo Júpiter, la estrella que había formado la mayor parte de las 8 conjunciones astronómicas de los años 3 y 2 antes de Cristo, que llevó a aquellos sabios a interpretar que había nacido el rey de los judíos, comenzó el día anterior un movimiento retrógrado, que

amanecer, en la dirección de Belén: y he aquí que la estrella que habían visto en Oriente iba delante de ellos (Mt 2, 9). Gracias al historiador Flavio Josefo, también sabemos hoy que la muerte de Herodes le sobrevino a los 70 años, 2-3 meses antes de la Pascua, poco después de un eclipse total de Luna, que tuvo lugar el 10 de enero del año 1 antes de Cristo. Todo esto sitúa el decreto de la muerte de los santos inocentes hacia el 28 de diciembre del año 2 antes de Cristo y el sueño de San José en la noche del 27 de diciembre, al día siguiente de la partida de los Magos, cuando Jesús tenía solo 3 meses y medio. El Ángel le hizo actuar con prisa para poner a salvo a Jesús.

El modo de avisar durante el sueño Dios a los hombres no es extraño en la Sagrada Escritura. Habla Dios de un modo u otro, aunque no nos demos cuenta: en sueños o visiones nocturnas cuando cae en sopor el hombre cuando está durmiendo en su cama. Abre entonces el oído del hombre e inculca en él sus advertencias (Job 33, 14-16). Así lo hizo con paganos como Abimelec de Gear (Gen 20,3), el Faraón de Egipto (Gen 41,10), o Nabucodonosor de Babilonia (Dan 2,18), y con creyentes del Antiguo Testamento como Abraham (Gen 15, 12-18), Jacob (Gen 28, 12-16), José (Gen 37, 5-7), Salomón (1 Re 3,5), Mardoqueo (Est 15, 5-12), Daniel (Dan 7 2-13), Judas Macabeo (2 Mac 15m 12-16) y del nuevo Testamento como San José (Mt 2, 13), los Reyes Magos (Mt 2,12) o San Pablo (Hch 18,9). A San José el texto sagrado narra al menos cuatro veces en que fue avisado por un Ángel de Dios en sueños, pero los Místicos citan otros casos durante su niñez o en su casamiento. A nosotros también Dios ha puesto para guiarnos y protegernos un Ángel de la Guarda. San José, nos enseña a tratarle y seguir sus inspiraciones dócilmente, cuando quiera que las realice.

Aquel viaje por tierras desérticas fue incómodo pues seguro fue necesario pernoctar a la intemperie, haciendo cobijo improvisado del frío propio de aquel mes. Tampoco resultó fácil tener provisiones y agua. Todo esto llevaría de nuevo preguntas a la cabeza de José sobre aquel cúmulo de dificultades en que se había convertido su historia reciente, con la llegada del Hijo de Dios al mundo. Contrariedades e incertidumbres aceptadas con entereza forjaron los primeros compases de su labor de padre virginal de Jesús. Con ello San José nos enseña a dar sentido divino a las dificultades que encontramos en nuestra vida, para aceptarlas y acercar en ellas nuestro espíritu a Jesús.

Varios años duró aquel precipitado exilio. Los místicos nos informan de los primeros pasos de la Sagrada Familia allí. En Egipto aprendió Jesús a andar, a hablar, quizás también en el idioma de aquellas tierras, a obedecer

y ayudar a sus padres. Allí Jesús aprendió a jugar e hizo sus primeros amigos entre los hombres. Una tierra de gentiles fue la que acogió al Hijo de Dios en los primeros años de su vida. Dios tuvo que proteger a su Hijo de su propio pueblo elegido, poniéndolo lejos de él durante sus primeros años de vida, quizás para que nosotros aprendamos a no juzgar por las apariencias porque vino a los suyos y los suyos no le recibieron (Jn 1, 11).

Figura escatológica:



Figura 10:
Quinto Gozo

En los días del Nacimiento de Jesús, 10 de las 12 tribus de Israel ya no vivían en la Tierra prometida desde hacía más de 7 siglos. Las dos tribus restantes 70 años después también marcharon al exilio entre los gentiles durante casi 20 siglos. Como Jesús, María y José, los hebreos han experimentado largo tiempo lo que es vivir en nación extranjera. Sólo en el año 1948, la tribu de Judá formó la nueva nación de Israel en lo que antaño fue la tierra de sus antepasados, cumpliendo con ello una señal escatológica, anuncio de la llegada del Reino, profetizada por el mismo Jesús: caerán al filo de la espada, los llevarán

cautivos a todas las naciones y Jerusalén será pisoteada por gentiles, hasta que se cumpla el tiempo de los gentiles (Lc 21, 24).

Esta nueva situación es un primer eco escatológico de aquella profecía: Cuando Israel era joven lo amé y de Egipto llamé a mi Hijo (Ose 11, 1). La actual nación de Israel es un nuevo cumplimiento, aún incompleto, de esas palabras proféticas. Falta por llevar a la tierra prometida las tribus que completan aquel Israel joven, las que formaron después de la muerte de Salomón el Reino del Norte. Efectivamente estas tribus, de las que la Sagrada Escritura no cuenta su historia en el exilio, existen y son sujeto de promesas que Dios realizó. He aquí que voy a tomar el leño de José (qué está en la mano de Efraím) y las tribus de Israel que están con él, los pondré junto al leño de Judá, haré de todo un solo leño, y serán una sola cosa en mi mano. (. . .) He aquí que recojo a los hijos de Israel de entre las naciones a las que marcharon. Los congregaré de todas partes para conducirlos a su suelo (Eze 37, 19-21). Históricamente estas tribus migraron a lo largo de los siglos principalmente por donde hoy es el norte de Siria, Irak e Irán para seguir hacia Turquía, Armenia, Georgia y finalmente terminar en los primeros siglos de nuestra era en Europa central y occidental formando los llamados pueblos bárbaros que cayeron sobre el imperio Romano y hoy

conforman las viejas naciones cristianas de Europa y América.

Haré de ellos una sola nación en esta tierra, en los montes de Israel (Eze 37,22). Resulta difícil pensar hoy cómo ese amplio conjunto de naciones occidentales pueda llegar a unirse con la actual nación de Israel, pero el profeta insiste en que los reyes de Tarsis y las islas traerán tributo (Sal 72, 10) y en cabeza las naves de Tarsis, para traer a tus hijos de lejos, con su plata y su oro, en homenaje al Señor tu Dios (Isa 60,9) y con ello terminar ese largo exilio que ya alcanza 28 siglos. No parece que la interpretación correcta del destino ilusionado de tantas naciones hacia esta tierra sea la estrechez de la actual nación Israel. En efecto, así como el antiguo Israel es figura de la Iglesia, la antigua tierra prometida también es figura de la nueva Tierra que esperamos en la que habite la justicia (2 Pe 1, 13). Es la tierra que San Juan anuncia en el Apocalipsis: Vi un nuevo cielo y una nueva tierra, pues el primer cielo y la primera tierra desaparecieron, y el mar ya no existe (Ap 21,1). Y si el mar no existe, tampoco parece correcto interpretar que las naves de Tarsis para viajar a esa nueva Tierra en que se encuentra la ciudad santa, la nueva Jerusalén (Ap 21, 2) sean naves que surcan océanos.

Di a la casa de Israel: Así dice el Señor Yahveh: No hago esto por consideración a vosotros, casa de Israel, sino por mi santo nombre que vosotros habéis profanado entre las naciones adonde fuisteis (...) Os tomaré de entre las naciones, os recogeré de todos los países y os llevaré a vuestro suelo, os rociaré con agua pura y quedaréis purificados de todas vuestras impurezas (...) y os daré un corazón nuevo, infundiré en vosotros un espíritu nuevo, quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Infundiré mi espíritu en vosotros y haré que os conduzcaís según mis preceptos y observéis y practiquéis mis normas. Habitaréis la tierra que yo di a vuestros padres. Vosotros seréis mi pueblo y Yo seré vuestro Dios (Eze 36, 24-28). Mi morada estará junto a ellos, seré su Dios y ellos serán mi pueblo (Eze 37, 27).

Un solo rey será rey de todos ellos; (...) Mi siervo David reinará sobre ellos y será para todos ellos el único pastor (...) Mi siervo David será su príncipe eternamente (Eze 37, 22, 24-25). Es el vicario de la función regia de Jesucristo en el Reino Eucarístico, que da a luz con dolor la Mujer del Apocalipsis (Ap 12,1-2), que ha de regir a las naciones con cetro de hierro (Ap 12,5), brote de David (Sir 47,22), caudillo y legislador de las naciones (Isa 55,4), ante el que se doblará la Bestia (Sal 72,9), Shiloh, deseado de las naciones (Gen 49, 10), Germen justo, rey prudente (Jer 23, 5), Libertador que alejará de Jacob las impiedades (Rom 11,26), que edificará el templo de Yahveh (Zac 6, 12), raíz de Jesé enhiesta para estandarte de los pueblos

que las gentes buscarán (Isa 11,11), primicia de las primicias que han sido rescatadas de entre los hombres para Dios y para el Cordero (Ap 14, 5).

San José, de la estirpe de David, con Jesús y María, que pasaron lejos de su amada tierra largos años como figura de la Iglesia actual, cuidan para que las promesas sobre el regreso del resto de Israel a la nueva Tierra que esperamos lleguen pronto a ser una realidad. El Espíritu y la Esposa dicen: ¡Ven! Y el que oiga, que diga: ¡Ven! (Ap 22,17).

Títulos que honran a San José: Custodio de la Eucaristía.

La Eucaristía hace la Iglesia, enseñaba el Papa Juan Pablo II. Sin ella el mundo no se beneficiaría de aplicar diariamente a nuestra vida las gracias que obtuvo nuestro Señor en su único Sacrificio Redentor del Calvario. Sin ella, también nos faltaría su amabilísima presencia real en el Sagrario que nos acompaña todos los días hasta el fin del mundo (Mt 28,20). Y sin ella no nos llegaría la fuerza transformadora que nos devolverá la inmortalidad que perdimos con el pecado original.

Como el antiguo patriarca de Egipto que guardó en los graneros el trigo para tiempos de hambre, José es venerado por la Iglesia como Custodio del Pan Eucarístico. En los últimos tiempos nuestro Señor profetizó que volvería a ocurrir la abominación de la desolación predicha por el profeta Daniel (Mt 24,15), como hecho clave para nuestro discernimiento de los tiempos. Hoy es evidente que a la Eucaristía se le da cada vez menos importancia (Garabandal 1965). Reparemos, adoremos y acompañemos a Jesús Sacramentado siempre que sea posible, e invoquemos a San José frecuentemente como:

San José, Custodio de la Eucaristía, ruega por nosotros.

Padre nuestro, Avemaria y Gloria.

sólo había precisado ponte en camino de la tierra de Israel (Mt 2,20). Ahora, considerando argumentos a favor y en contra, con la experiencia adquirida, José indaga detalles sobre la seguridad de instalar en Judea su familia. Al conocer el historial sanguinario de Arquelao, le surgieron dudas y temores, que de nuevo el Ángel resolvió en sueños.

Podríamos preguntarnos por qué el Ángel no resolvió en el sueño que le ordena volver, el lugar al que deberían dirigirse con más precisión. La respuesta es que aunque Dios anuncia el final desde el principio (Isa 45,10), no suplanta con sus inspiraciones la labor del hombre, es decir nuestra libertad para responder a lo que Dios espera. En cada momento nos muestra lo que necesitamos saber para servirle. El futuro se construye paso a paso, en colaboración con nuestra respuesta a sus inspiraciones.

La decisión de José de volver a Galilea a su ciudad de Nazaret y vivir Jesús allí la mayor parte de su vida oculta, hizo que a Jesús en su ministerio público se le diera el sobrenombre de Nazareno. Hasta 18 veces aparece este sobrenombre en la Sagrada Escritura en boca de sus propios apóstoles y discípulos (Lc 24,19; Hch 2, 22; 3,6), los que le piden un milagro (Mc 10,47), los soldados que van a prenderlo al huerto de los olivos (Mc 16,6), los acusadores de los apóstoles (Mt 26,71; Hch 6,14; 26,9) y hasta de los demonios que atenazan a sus posesos (Mc 1,24). Pilatos lo escribe sobre el trono de la Cruz unido al título de Rey, Jesús Nazareno Rey de los Judíos (Jn 19,19) y el mismo Jesús lo usa para presentarse ante San Pablo en el camino de Damasco (Hch 22,8).

Figura escatológica:



Figura 12:
Sexto Gozo

Además de aquel significado toponímico del nombre Nazareno para los contemporáneos de Jesús, San Mateo dice que también era fruto de una profecía (Mt 2,24), por tanto detrás de él hay una razón que da luz a los hombres porque la profecía es lámpara que luce en lugar oscuro (1 Pe 2,19). Sin embargo, en la Sagrada Escritura esa profecía no está escrita. Entonces tenemos que considerar alternativamente que Dios llama a cada estrella por su nombre (Sal 147,4) y por tanto detrás de los nombres estelares hay un significado de una misión divina, de la que cada estrella es señal. Sirio, la estrella más brillante del cielo, en hebreo se denomina Nas-Seir-Ene, se pronuncia nazareno y

te del cielo, en hebreo se denomina Nas-Seir-Ene, se pronuncia nazareno y

quiere decir “el Príncipe que viene”. Este significado conviene tanto a Jesús en su primera Venida como al hijo varón que ha de regir a las naciones con cetro de hierro (Ap 12,5), vicario regio de Cristo en el Reino Eucarístico, de quien hablamos en el anterior dolor y gozo.

La imagen milagrosa de la Virgen de Guadalupe, en su manto de estrellas, que es a la vez un mapa en espejo de su posición en el firmamento, reserva un lugar destacado para Sirio, situándola en la doblez del manto abajo a la derecha, sobre la Z de la palabra “LUZ” que forman los pliegues de la túnica. La celestial imagen de la Mujer del Apocalipsis, a través de incluir a Sirio en su manto, quiso unir dos fuentes de la única revelación divina: la revelación de las estrellas, que utilizaron los Reyes Magos para encontrar a Jesús, y la revelación escrita que explica que “el príncipe que viene” es el hijo varón que dará a luz con dolor (Ap 12,5) la Virgen en los tiempos del Apocalipsis.

La actitud vigilante de San José al volver de Egipto nos enseña que nosotros también debemos vigilar las señales de la nueva Venida de nuestro Señor. Para ello, en la Sagrada Escritura Dios da con frecuencia pistas temporales sobre el tiempo de cumplimiento de las profecías, como una parte más del mensaje profético. Sin el carácter temporal, la profecía sería mera situación posible, sin modo para contrastar su certeza: un mero juego intelectual. De esta forma en la Sagrada Escritura hay docenas de plazos, prórrogas e intervalos proféticos ya cumplidos como los 7 años de abundancia y escasez en Egipto, los 40 años de castigo para vagar por el desierto, los 70 años de cautividad en Babilonia o las 70 semanas de años para reconstruir Jerusalén.

Las señales temporales proféticas pueden referirse a tiempos aproximados de cumplimiento como la vuelta de los judíos a su tierra (Eze 39, 26-29), la apostasía generalizada y falta de fe en la tierra (2 Ts. 2, 3), los ataques sistemáticos a la familia (2 Ti, 3-4), o a plazos exactos como el tiempo que estará el Santuario y el ejército pisoteado (1290 y 1335 días), la duración del éxito total del Anticristo (2300 tardes y mañanas) o el plazo en que la Mujer del Apocalipsis estará en el desierto (1260 días o 42 meses).

Es claro que si Dios incluye pistas temporales de cumplimiento profético es para que sean estudiadas. Sin embargo, algunos piensan erróneamente que Dios no quiere que indagemos tiempos. En ese caso, ¿para qué dar pistas temporales? Sería como dar el mapa del tesoro y decir "no lo busques". Si Dios no quisiera que encontráramos algo, simplemente no daría las pistas de ello. Hacer como si no existieran, es despreciar a Dios Ocul-tarlas o censurarlas es ir contra Dios. Y tampoco es correcto pensar que

las pistas temporales reveladas por Dios, son un callejón sin salida, o que Dios juguetea sin sentido con los hombres.

Por el contrario, algunos ejemplos muestran que Dios bendice a los que estudian los tiempos proféticos. Así los Reyes Magos lo hicieron a través de señales astronómicas y sus investigaciones agradaron tanto a Dios que les concedió ser la primicia de los gentiles en adorar al niño Dios. También el profeta Daniel investigaba el número de años que Dios indicó al profeta Jeremías sobre la ruina de Jerusalén (Dan 9,2) cuando Dios le envió al ángel Gabriel: Daniel, he salido ahora para ilustrar tu inteligencia. Desde el comienzo de tu súplica, una palabra se emitió y yo he venido a revelártela, porque tú eres el hombre de las predilecciones (Dan 9,22-23).

A pesar de tantas evidencias muchos se niegan a hablar sobre los tiempos de su nueva Venida, pues el Señor dijo: Nadie sabe de ese día y de esa hora: ni los ángeles de los cielos, ni el Hijo, sino sólo el Padre (Mt. 24, 36). Olvidan que estas palabras deben interpretarse en continuidad con el resto de la Sagrada Escritura y en ella también se dice que el Señor no hace nada sin revelar su secreto a sus servidores los profetas (Amó 3, 7), que la Sabiduría conoce el pasado y conjetura el porvenir, (...) conoce de antemano las señales y los prodigios, así como la sucesión de épocas y tiempos (Sab 8,8), y que si no estás en vela, vendré como ladrón, y no sabrás a qué hora vendré sobre ti (Ap. 3,3).

En realidad, Jesús no dijo “nadie sabe esa hora y nadie la sabrá jamás”. Durante siglos nadie ha sabido la hora del fin pero a Daniel se le dice que, las palabras están guardadas y selladas hasta el tiempo del fin (Dan 12,9), y que los sabios comprenderán (Dan 12,10), por tanto en los días finales si se conocerán los tiempos. Jesús dijo a los Apóstoles que le despedían el día de la Ascensión, no es cosa vuestra conocer los tiempos que el Padre ha fijado (Hch 1,7), lo cual permite pensar que otros apóstoles posteriores, si conocerán esos tiempos fijados. De hecho, Santa Hildegarda, doctora de la Iglesia, y San Vicente Ferrer interpretaron que al fin de los tiempos si se sabrá el día y la hora.

San Vicente Ferrer interpreta que “cuando sea cerca el tiempo del Anticristo, a muchos será declarado este misterio. Porque (...) es de mucha necesidad que sea sabido y declarado a las gentes simples y siervos de Dios. Y no será secreto porque sería gran confusión y gran peligro para los siervos de Dios, porque tengan tiempo de estar apercebidos y de armar sus corazones con la fortaleza de la Santa Fe Católica.”(Sermones de San Vicente Ferrer: en los cuales trata de la venida del Anticristo y del Juicio Final). Santa Hildegarda dice que “hay sucesos cuya revelación está

reservada sólo a determinadas generaciones” (Hildegarda de Bingen; ‘Sci-
vias.’ 3ª parte; 11ª visión; ‘Venida del impío y plenitud de los tiempos’).
La Escritura añade en este sentido que es gloria de Dios tener secretos, y
honra de los reyes penetrar en ellos (Pro 25,2). Y también que el secreto
del Señor es para quienes le temen (Sal 25,14). Y en este momento más
que nunca mi pueblo muere por falta de conocimiento (Ose 4,6).

Títulos que honran a San José: Asunto al Cielo.

Sabemos que San José pertenece al orden hipostático, subordinado a
la gracia de María. No sería propio que estuvieran en el Cielo en cuerpo
y alma sólo dos de las tres personas que pertenecen al orden hipostático.
Muchos santos y místicos han afirmado esta verdad sobre San José.

San Francisco de Sales supone este diálogo de San José al encontrarse con
nuestro Señor en el seno de Abraham: “Te complaceré en recordar, Señor,
que cuando descendiste del cielo a la tierra, te recibí en mi casa y en mi
familia, que te llevé a mis brazos desde el momento en que naciste. Ahora
vas a volver al Cielo. Llévame contigo en cuerpo y alma. Te recibí en mi
familia, recíbeme en la tuya; Te tomé en mis brazos; llévame a los tuyos;
Te cuidé y te alimenté y te guie durante tu vida en la tierra; extiende tu
mano y guíame a la vida eterna”.

San Agustín en el Tratado sobre la Asunción de la Santísima Virgen da
una poderosa razón para creer en la resurrección de María. “Habría sido
indecoroso que el cuerpo de alguien que estaba tan estrechamente unido
a Jesús, de cuya carne Él se había hecho carne, y que le había rendido
tantos servicios, hubieran seguido siendo esclavos de la muerte hasta el fin
del mundo”. Por analogía de los servicios que prestó a Jesús, lo extiende a
San José.

María de Jesús de Ágreda en la Mística Ciudad de Dios dice que “el día de
la resurrección se levantó Nuestro Salvador del sepulcro y, en presencia de
los santos y patriarcas, prometió al linaje humano la resurrección universal
como efecto de la suya en la misma carne y cuerpo de cada uno de los
mortales y que en ella serían glorificados los justos. En prendas de esta
promesa mandó Su Majestad a las almas de muchos santos que allí estaban,
se juntasen con sus cuerpos y los resucitasen a inmortal vida. Y entre ellos
fueron Santa Ana, San José, San Joaquín y otros de los antiguos Padres
y Patriarcas”.

La Hermana Cecilia Baij en su Vida de San José cuenta que “cuando
el Salvador del mundo se levantó gloriosa y victoriosamente de entre los
muertos luego procedió a liberar y llevar consigo del Limbo a aquellas

almas que habían sido confinadas allí. El alma glorificada de José fue, por el poder de Dios, nuevamente reunida con su bendito cuerpo”.

El momento de su Resurrección y Ascensión pudo ser tras el terremoto que ocurrió al expirar nuestro Señor en la Cruz en el que se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de los santos, que habían muerto, resucitaron (Mt 27,52). Y el domingo de Resurrección saliendo de los sepulcros, después de que él resucitara, entraron en la Ciudad Santa y se aparecieron a muchos (Mt 27, 52-53). En ningún sitio se dice que estos santos resucitados volvieran luego al sepulcro, por lo que yo también propongo glorificar a San José, invocándole como:

San José, Asunto al Cielo, ruega por nosotros.

Padre nuestro, Avemaria y Gloria.

7. Consideración del séptimo dolor y gozo de San José

Descripción del Evangelio:

- **Séptimo dolor:** Le estuvieron buscando entre los parientes y conocidos, y al no hallarle, volvieron a Jerusalén en su busca (Lc 2, 44-45).
- **Séptimo gozo:** Al cabo de tres días lo hallaron en el Templo, sentado en medio de los doctores, escuchándoles y haciéndoles preguntas (Lc 2,46).

Consideración:



Figura 13:
Séptimo Dolor

Cualquier padre o madre que se vean en la situación de perder un hijo pequeño en medio de una muchedumbre sienten un agudo dolor que les hace humanamente estar interiormente trastornados. Las preguntas se suceden sin respuesta. La angustia va y viene en oleadas, mientras hacen todo lo posible para encontrarlo. José y María también acudieron a todo lo imaginable para encontrar a Jesús. En medio de la búsqueda tendrían momentos de llanto y desconsuelo. Tres días en esa circunstancia es mucho tiempo. José, como el jefe de familia, lo llevaría con entereza y sentido práctico para no aumentar el dolor de

María. Ella, según los místicos, no le hace ningún reproche como muestra de respeto a su autoridad familiar. Algo poco común de aceptar en los matrimonios de hoy. Dos noches sin dormir y sin saber qué más hacer. Un tiempo símbolo de otro futuro en el que Jesús también desapareció de sus ojos, tras la piedra que tapó el sepulcro.

Desde el primer momento, José y María recurrieron a Dios y reconocieron detrás de la situación la permisión divina. En su vida, ya habían dado abundantes muestras de aceptar en momentos difíciles la Voluntad divina. A la vez que el agobio del momento, sin duda sentirían también la seguridad de que aquella contrariedad tendría pronto desenlace favorable. Y continuaban los pensamientos, según los místicos, sobre dónde buscar: ¿habrá ido a ver a Juan al desierto? ¿O a la gruta de Belén en que nació para orar?

Finalmente acceden al templo. No era lógico que un niño extraviado estuviera allí. Los sacerdotes habrían puesto avisos en la ciudad para encontrar a sus padres. Finalmente oyen la voz de Jesús en medio de una muchedumbre que escucha la controversia de los doctores. El tema lo narran los místicos: ¿Estaba ya el Mesías entre ellos? Partidarios y detractores esgrimen sus argumentos. Para unos no es posible porque Israel es esclavo del yugo del imperio romano. Para otros ya se han cumplido los tiempos. Cada uno ve sólo una parte de las profecías. La enseñanza de Jesús Niño concilia ambas perspectivas, recordándoles que hay dos Venidas del Mesías, cada una con una función diferente. Algunos aceptan la enseñanza con tono engraido. Otros, humildemente, le piden más luces para profundizar en ellas. Nada distinto de lo que hoy en día vemos entre los actuales

expertos, cuando se habla de la segunda Venida.

¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en las cosas de mi Padre? (Lc 2,49). Aquel pueblo no estaba preparado para recibir la predicación del Mesías unos pocos años más tarde. El Padre tenía que comenzar a despertar aquellas mentes obtusas a pesar de las profecías y los signos, llenas de prejuicios terrenales, para que en su momento fructificara la palabra del Redentor. Dios, enviando a su Hijo a explicar las profecías a los doctores, hace todo lo posible para que su pueblo no muera por falta de conocimiento (Ose 4,6). Además, aquella manifestación en el templo ocurría en las 69 semanas de años profetizadas por Daniel, contadas a partir del decreto de Artajerjes (año 457 antes de Cristo) para la vuelta de los judíos de Babilonia, años medidos según la longitud del año lunar (354 días). Estaban pues en pleno cumplimiento de los anuncios temporales profetizados y sin embargo su ceguera, les impedía entenderlo.

Figura escatológica:



Figura 14:
Séptimo Gozo

Hoy como entonces, las señales de los tiempos de la nueva Venida de Jesús se están cumpliendo sin que los doctores las acepten. Jerusalén será pisoteada por gentiles, hasta que se cumpla el tiempo de los gentiles (Lc 21, 24). Primero tiene que llegar la apostasía (2 Tes 2,3). En los últimos días (...) los hombres serán egoístas, codiciosos, arrogantes, soberbios, blasfemos, desobedientes de los padres, ingratos, impíos, crueles, implacables, calumniadores, desenfrenados, inhumanos, enemigos del bien, traidores, temerarios, envanecidos, más amantes del placer que de Dios, guardarán ciertos formalismos de la piedad pero habrán renegado de su verdadera esen-

cia (2 Tim 3, 1-5). Profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas, vuestros ancianos verán en sueños, y vuestros jóvenes tendrán visiones (Joe 3, 1-2). Las mismas plagas que en los días de Sodoma se han extendido y sabemos que así sucederá en los días en que se manifieste el Hijo del Hombre (Lc 17,29). La Iglesia, Esposa del Cordero, sufre una verdadera Pasión mística, previa a otro anuncio del Señor: la abominación de la desolación profetizada por Daniel (Mt 24,15). La incomprensión generalizada de estas señales cumplen la profecía para el tiempo del fin: ningún impío comprenderá nada, sólo los sabios comprenderán (Dan 12, 10).

El primer Domingo de Ramos, Jesús al acercarse a la ciudad lloró por ella, diciendo: ¡si conocieras en este día lo que conduce a la paz! Pero ahora está oculto a tus ojos. Pues vendrán días sobre ti en que tus enemigos (...) te arrasarán con tus hijos dentro y no dejarán piedra sobre piedra. Porque no reconociste el tiempo de tu visita (Lc 19 41-44). El motivo que Jesús atribuye para la próxima destrucción de Jerusalén, ocurrida en el año 70, fue no reconocer los tiempos proféticos de la primera Venida. San Pedro insiste en que obrasteis por ignorancia lo mismo que vuestros jefes (Hch 3,17) y así los habitantes de Jerusalén y sus jefes cumplieron, sin saberlo, las Escrituras de los profetas que se leen cada sábado (Hch 8,27). También ahora, cada Domingo, las lecturas de la Misa traen profecías que rara vez se comentan o son atribuidas a nuestros tiempos. La situación del pasado se repite para reconocer el tiempo de su nueva visita, aunque sea un Dogma que recitamos en el Credo.

En tres ocasiones el estudio de las profecías sirvió en vida de los que se interesaron por ellas. La primera, cuenta el profeta Daniel que en el año primero de Darío (...) indagué en los libros acerca del número de años que estableció la palabra del Señor dirigida al profeta Jeremías para que se cumpliera la ruina de Jerusalén: eran 70 años (Dan 9, 1-2) Este dato nos lleva al año 539 antes de Cristo, dos años antes del decreto de Ciro el Grande que permitió la vuelta de los judíos exiliados en Babilonia a Jerusalén, la reconstrucción del templo y la provisión de materiales para esa tarea (Esd 1, 2-4). La Sagrada Escritura no dice si Daniel, ya casi centenario, volvió con esta expedición, al mando de Zorobabel, pero en otro caso es seguro que Dios le consoló al verla partir, hacia el final de su vida. El Arcángel Gabriel le llamó hombre de las predilecciones (Dan 9,23). La Iglesia la celebra su fiesta el 21 de julio, al día siguiente de San Elías.

María Valtorta cuenta en sus visiones dos diálogos de la Virgen que muestran su interés por las profecías. El primero, a los tres años, pregunta a Santa Ana: ¿Cuánto falta todavía para tener con nosotros al Emmanuel? Treinta años aproximadamente, querida mía, le responde su madre. Y la niña contesta: ¿Cuánto todavía! Dime, si rezase mucho, mucho, mucho, día y noche, noche y día, y deseara ser sólo de Dios, toda la vida, con esta finalidad, ¿el Eterno me concedería la gracia de dar antes el Mesías a su pueblo? Años más tarde, ya doncella en el templo, María dice a su tutora Ana de Fanuel: al leer a Daniel, se me ha encendido una gran luz en el centro del corazón y mi mente ha comprendido el sentido de las palabras arcanas. Por las plegarias de los justos se acortarán las setenta semanas. ¿Cambiará el número de los años? No. La Profecía no miente. No es el curso

del sol sino el de la luna el que marca la medida del tiempo profético. Muy probablemente menos de dos años después de esta conversación, María era ya la Madre del Mesías Emmanuel.

Por último, en aquellos mismos años, tres sabios en Oriente anhelaban el cumplimiento de un mensaje profético que Dios puso en las estrellas, sobre la llegada del Rey de los judíos (Mt 2,2). Habían comprendido por su estudio que sería Dios y hombre al mismo tiempo. Sus observaciones minuciosas y abnegadas llevaban una gran carga de sabiduría y amor, con las que un día entendieron que el Niño que esperaban había nacido: fue una señal que sólo ellos comprendieron. Y se pusieron en marcha para recibir su bendición y con ello dar una lección a los racionalistas de los tiempos de su nueva Venida, también anunciada por señales en las estrellas (Lc 19, 25).

Títulos que honran a San José: Padre de Dios y Padre Nuestro.

San José pertenece al orden hipostático, subordinado a la gracia de María, como Ella lo está a la de Jesús. Debido a esto, todas las prerrogativas de María son susceptibles de aplicarse a San José con la debida proporcionalidad. Estas privilegios se resumen en cuatro dogmas marianos ya definidos (Madre de Dios, Virgen Perpetua, Inmaculada Concepción y Asunta al Cielo en cuerpo y alma) y un quinto (Corredentora, Medianera de todas las gracias y Abogada) solicitado por nuestra Madre en las apariciones, aprobadas por la Iglesia, de Nuestra Señora de todos los Pueblos (Amsterdam 1946-1959), y por millones de fieles a través de distintos movimientos en los últimos años.

Analogamente, con analogía de proporcionalidad, estas cinco prerrogativas se pueden atribuir a San José. Esta analogía, no la entendió Lutero ni la entienden hoy sus seguidores, es aquella por la que una mujer dice a su esposo “te adoro” y nadie piensa por ello que su marido sea Dios.

Así hemos visto en anteriores consideraciones cómo la paternidad de San José es virginal y su “fiat” necesario para la constitución de la misión divina de Jesús como Mesías Ungido, por la que se encarnó para redimirnos del pecado. Asimismo el hecho de pertenecer a la esfera del orden hipostático hace pensar, por las mismas razones que su Esposa, que fue liberado de todo pecado, incluido el original, desde el primer momento de su ser natural. También hemos considerado razones de conveniencia paralelas por las que San José ya está Asunto al Cielo en cuerpo y alma.

Por último, al igual que María, San José es Corredentor porque ha creído. Así está inseparablemente unido al Redentor y la Corredentora en todo el

proceso de Redención desde los primeros misterios de la vida oculta hasta su consumación en el holocausto del Sacrificio del Calvario que conoció y al que se unió antes de su muerte, ofreciéndola unido a la de su Hijo (...) Su participación en la redención objetiva (...) se proyecta hasta el Sacrificio del Calvario que conoció, y co-padeció indeciblemente durante su vida mortal (J. Ferrer “El Misterio de María y José en el Magisterio del Beato Juan Pablo II” Ed. Arca de la Alianza. Pág. 161).

Por todo ello, glorifiquemos a San José invocándolo con esta oración, paralela al Avemaría, propuesta por el mismo teólogo Joaquín Ferrer:

Dios te salve José, lleno eres de gracia, el Señor está contigo, bendito tú eres entre todos los hombres, y bendito es el fruto del vientre de tu santísima Esposa la Virgen María, Jesús.

Santo José, padre de Dios y padre nuestro, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte, Amén.

Consagración personal a San José



Figura 15:
Consagración

San José, Padre de Dios y Padre nuestro. En presencia de tu hijo Jesús Sacramentado y de María tu Esposa, Mujer del Apocalipsis, Inmaculada de Guadalupe, pongo en tu Corazón todo aquello que soy y tengo, para que lo purifiques y presentes en unión con María y Jesús a Dios Uno y Trino como ofrenda de amor. Con la entrega de mi ser, deseo adorar y alabar a Dios Padre Creador, a Dios Hijo Redentor y a Dios Espíritu Santo Santificador. Asimismo por tu paternal intercesión pido perdón a Dios por mis pecados, ofensas y negligencias y las gracias que necesito para servir con docilidad y prontitud a los deseos divinos para mi vida.

Espero de tu ilimitada capacidad de intercesión ante Dios, como Padre virginal de Jesús, me obtengas:

- Un espíritu de oración continúa en medio de las circunstancias de mi vida ordinaria, para descubrir en ellas la amabilísima Voluntad de Dios.
- La ayuda para que complete en mí lo que falta a las tribulaciones de Cristo en favor de su Iglesia, y así quede yo purificado ante Dios y finalice pronto el tiempo de dura prueba que sufre la Iglesia.
- Un aumento de las virtudes sobrenaturales y especialmente de la fe, esperanza y caridad, que me lleve a confiar ilimitadamente, amar y sostener a todos los que me rodean.
- El aumento de los dones divinos en especial del don de Sabiduría que forma Amigos de Dios y el don de vivir en la Divina Voluntad que nos lleva a recomponer el amor y gloria debida a Dios en toda la historia.

Asimismo, te pido que en mi caminar por la vida sepa:

- Dar a la Eucaristía cada día más importancia, adorando, agradeciendo, acompañando y reparando hasta obtener el don de ser transformado yo mismo en Eucaristía viviente.
- Nacer de nuevo, forjado como hijo espiritual en el Corazón Inmaculado de María tu amadísima Esposa.
- Ser como niño ante Dios, para ascender con prontitud al Corazón de Dios y recibir su plena inhabitación Trinitaria.
- Poner la luz de Jesús en el candelero para alumbre a todos los hombres y glorifiquen con sus obras al Padre celestial.
- Aprender a no juzgar por apariencias y amar a todos como los ama el Sagrado Corazón de Jesús y el Inmaculado Corazón de María.

Por último, especialmente te pido que en estos tiempos ya cercanos de la nueva Venida de tu Hijo Jesús:

- Cuides de nuestras familias y reconcilies el corazón de todos los padres con los hijos, de los hijos con los padres y de los esposos entre sí.
- Nos hagas comprender, amar y desear las verdades escatológicas referentes al Reino Eucarístico de Cristo, de modo que iluminemos con el conocimiento de las profecías, no seamos engañados por el Maligno, sobre llevemos las circunstancias de la Tribulación y lleguemos a la nueva Tierra en que libres del pecado y de la muerte alabemos por siempre a la Trinidad del Cielo y a la trinidad de la tierra.

Pongo todos estos deseos en tu Sagrado Corazón y los pido por Jesucristo, tu Hijo y Nuestro Señor. Amén.

Letanias de san José:

- San José, Padre virginal de Jesús. Ruega por nosotros. **(R)**.
- San José, Icono del Padre y Padre de nuestras Familias. **(R)**.
- San José, Sacerdote Patriarcal y Custodio de Jesús. **(R)**.
- San José, Protector de la Santa Iglesia. **(R)**.
- San José, Custodio de la Eucaristía. **(R)**.
- San José, Maestro de vida interior. **(R)**.
- San José, Asunto al Cielo. **(R)**.
- San José, Padre de Dios y Padre nuestro. **(R)**.

Dios te salve José, lleno eres de gracia, el Señor está contigo, bendito tú eres entre todos los hombres, y bendito es el fruto del vientre de tu santísima Esposa la Virgen María, Jesús.

Santo José, padre de Dios y padre nuestro, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte, Amén.

Sus notas, aquí:

Sus notas, aquí: